

se, pedir objetos á las personas de fuera, dar recados, hacer y recibir encargos. . . . Entretanto los tres coches son enganchados, los viajeros se sientan y acomodan, la multitud se remueve y se retira un tanto; la marcha se aproxima. . . . De improviso en el coche-oratorio las suaves voces de un armónico se dejan oír: el director de la Asociación preludia é indica un aire que las Hijas de María conocen al instante: es una melodía en tiempo ternario, de estilo entre canto llano y figurado, compuesta exprofeso para entonar el Ave maris stella. ¡El Ave maris stella! el más hermoso de los himnos que se entonan á la Madre de Dios, el himno que ella misma mandó á Santa Brígida recitar cada día en sus monasterios para librarla de inminentes peligros: el himno que forma las delicias de los devotos de María, y que contiene hermosas alabanzas, poética salutación y devotas plegarias: el himno con que las hijas de María comienzan la ceremonia de su recepción, y cantan en sus piadosas asambleas: el Ave maris stella, entonado por setenta dulces voces, hendía los

aires y llevaba á los oídos de la multitud exterior sus conmovedores acentos. Los corazones, se sentían henchidos de gozo, de ese gozo suave, tranquilo, íntimo y profundo que sólo nuestra religión sabe inspirar, y que conmoviendo dulcemente los espíritus, hacía asomar las lágrimas á los ojos. Entretanto un impío masón muy conocido por su rabia antireligiosa, hacía por disimular su furor ahogándolo en risas que se esmeraba en hacerlas aparecer burlescas. Caminaba en coche de 1.^{ra} clase... Desgraciado! Nadie hizo caso de sus gesticulaciones, y compadecieron más bien su locura.

§ VII.

La partida.—El rosario gozoso.—La bendición de la mesa.—La caída de la Imagen Guadalupeana.—Un día de retiro en ferrocarril.

Por fin el silvido de la locomotora, y los toques de la esquila, repetidos, indican la inmediata salida: los que están de pié se sientan, los que van á permanecer parados se afirman y apoyan: los

de dentro y los de fuera mutuamente se despiden: el tren se mueve letamente lanzando pausados pero furiosos resoplidos, y la marcha comienza felizmente. Apenas transcurridos algunos minutos, el Retiro comienza. En esa fecha toman siempre retiro las Hijas de María, para prepararse á la gran fiesta de la Asunción de su Madre inmaculada, y ahora, (benedicidas ya, después de la Misa en que recibieron la comunión con la bendición de los peregrinos que usa la Iglesia, y oída una pequeña admonición,) ahora están apercibidas de que deben hacerlo en el camino, y trocado el coche en oratorio. Comienza pues la primera parte del rosario, y al *Gloria*, acompañadas por el armónico cantan todas en nutrido coro estas estrofas, traducidas del italiano y con la música de los cantos populares religiosos de Rossi:

*De tu celeste trono
María vuelve tus ojos,
Pedímoslo de hinojos
Míranos una vez;*

*Y si al mirar tus hijas
Conmover no te sientes,
¡Que tus ojos clementes
No nos vean otra vez!*

Sigue la recitación de las decenas con sus respectivos ofrecimientos y la repetición del canto, hasta terminar con unas hermosas letanías. Todo ello se hace con notable devoción, piedad y recogimiento, y en esa dulce práctica se gasta como una hora. Antes de comenzar el ejercicio, se había suspendido un cuadro dorado con una gran fotografía guadalupana, á la cabecera del wagón y en su parte más alta, para no estorbar el paso del cordón de aviso que se extiende por todo el tren; más á poco trecho las enormes oscilaciones que el movimiento imprime al cuadro, lo arrancan de improviso y lo precipitan al piso con estrépito. Todos se estremecen y creen que sólo van á levantarse menudos fragmentos del cristal y trozos del marco; pero ¡oh maravilla! (todos la califican de ese modo), el cuadro aparece sano, el dorado intacto, y el cristal

y la Imagen sin lesión la más mínima. No es posible volver á suspenderlo en manera alguna, pero piadosos peregrinos la sostenían con las manos levantadas, durante el rezo de las dos partes del rosario que por la tarde se distribuyeron con distintos cantares y letanías. A la hora marcada en el itinerario para la comida, todos los peregrinos aprontan sus provisiones; las Hijas de María no bajan ni se apartan de su sitio: la comida se bendice con las oraciones de la Iglesia; se come frugal y alegremente, y sobre todo cristianamente, comunicándose á las menos prevenidas lo necesario con fraternal confianza, y terminada la comida sigue la acción de gracias correspondiente. Las vistas panorámicas que se presentan después de San Juan del Río, atrayendo todas las miradas y provocando alabanzas al Criador con su belleza, alternaban con los cantos sagrados y con la angélica salutación fervientemente repetida. Así transcurrió éste día inolvidable, descendiendo todos á la llegada para repartirse en varias habitaciones y hospedajes, dirigiéndose muchos á la

Villa anhelada, y desdefiando los gozes de la ciudad.

§ VIII.

El ejército de María.—El sermón.—Las tres visitas de María de Guadalupe.
 —Visita de amor.—Visita de remedio.
 —Visita de soberanía.—Las tres visitas de sus hijos.—Visita de gratitud.—Visita de petición.
 —Visita de alabanza.

De la peregrinación de León se han ocupado los diarios católicos: han dicho que los peregrinos fueron mil y quinientos presididos por cuarenta sacerdotes, y que cuatro veces se llenaron y vaciaron las grades bandejas en que se recibían las oblações. Creemos con "El Pueblo Católico," mejor informado, que los peregrinos fueron mil; y que quizá los sacerdotes llegaron á treinta. En cuanto á las Hijas de María, reunidas con las de la Villa, algunas de León, Silao y otros puntos, con su azul distintivo patente en lo exterior, formaron en medio del templo y cercanas al presbiterio, como el núcleo de la peregrinación; y de pié la mayor

parte por el apiñamiento de la asistencia, parecían los soldados del ejército de María, situados en actitud de combate como de ella misma se dice en el Cántico de los Cánticos. La Misa, muy solemne, fué celebrada por el Sr. Provisor y dos dignidades del cabildo de la Catedral de León; en cuanto al sermón, pasamos á hacer de él un sucinto extracto.

Textos: "Aun cuando me fuere y os preparase un lugar, de nuevo vengo. No os dejaré huérfanos, sino que vendré á vosotros." (*San Juan capítulo XIV.*) "Todos estos congregáronse y á tí han venido; tus hijos vendrán de léjos y del costado se levantarán tus hijas." (*Isaias, capítulo LX.*)

Jesucristo, al anunciar á los Apóstoles su próxima separación, viéndolos entristecerse, los consolaba, diciéndoles: "verdad es que me voy, y os conviene que yo me vaya; pero no temais: aun cuando me fuere, yo vendré de nuevo: no os he de dejar huérfanos, pues vendré á vosotros. Ya lo oís que os lo he asegurado; me iré, y vendré á vosotros;" (versos 3, 18 y 28.) Las

mismas palabras podemos entender de María nuestra Madre: hoy que la Iglesia celebra su gloriosa Asunción, podemos considerar que también nos dice: "aun cuando me fuere, de nuevo vengo. No os dejaré huérfanos; vendré á vosotros." No nos ocupamos ahora del misterio de su subida al cielo y de su gloria, sino de su nueva venida: "*de nuevo vengo,*" es decir de su graciosa venida á visitarnos en estos sitios. Mas como las visitas se pagan, y hoy hemos venido en peregrinación á visitarla, hablaremos de los caracteres de ambas visitas; la de la Virgen de Guadalupe á nosotros; la nuestra actual á esta dulce Madre, á quien invocaremos, etc.

Primera parte. La visita de la Santísima Virgen á nosotros en estas montañas, fué, lo primero, una visita de amor y de fineza; lo segundo, una visita de remedio y de salud; lo tercero, una visita de soberanía y de dominio. A esta triple visita debe corresponder por nuestra parte, primero, una visita de amor y agradecimiento; segundo, una visita de petición y esperanza; tercero, una visita de veneración y alabanza.

Fué, pues, la venida de Ntra. Sra. de Guadalupe una visita de amor, como de Madre; de remedio, como de médico; de soberanía, como de reina.

Visita de amor y de fineza: ¡Con qué palabras tan tiernas habla el neófito, con qué expresiones tan regaladas! "Hijo mío, á quien amo como á tierno y pequeñuelo," qué amor al salirle al encuentro varias veces! qué fineza al conversar con él en su idioma nativo! qué amor en la paciencia con que varias veces le espera! qué ternura en el agrado con que le recibe! qué fineza en las promesas que le hace: "yo me mostraré Madre amorosa de cuantos me invoquen." *No os dejaré huérfanos.* Visita de Madre.

Visita de remedio y de salud. La idolatría tendía su negro manto sobre estas regiones; simulacros abominables, aun usurpando el título de Madre de Dios, atraían la confluencia de los pueblos. Y á las tinieblas de la idolatría acompañaban los mil horrores que siempre son su séquito, principalmente la crueldad y la impureza.... Terrible enfermedad de que solo el brazo de Dios

podía sacarnos.... Más el Señor, [dice San Bernardo] todo quiso lo tuviésemos por María, y ella bajó como médico peritísimo á curar tantas llagas.

A su venida se debe la extirpación de la idolatría, la plantación de la fe, y con ella la expulsión de nuestros males, y la impetración de todos los bienes que la Iglesia de ella solicita: *Mala nostra pelle, bona cuneta posce.* Y por eso dice que vá y viene: "voy y vengo," porque como médico multiplica sus visitas según lo requieren nuestras enfermedades y dolencias.

Visita de dominio y soberanía. Hoy se niega la soberanía social de Jesucristo, se le echa de las leyes y de las escuelas, del nacimiento y de la muerte, del matrimonio y de todo. Lo mismo sucede con María su Madre que le es inseparable.... Pero ella es reina: *salve Regina*, la saluda la Iglesia en la más bella de sus preces, y en la liturgia de este día termina el oficio con estas palabras: "*La Virgen María asciende en el día de hoy á los cielos: alegros, porque con Cristo reina eternamente.*" Y en calidad de Reina la vió

el profeta real asistir á la derecha del Rey: *La reina asistió á la derecha con vestidura de oro, recamada de variedad de adornos.* (Salmo XLIV.) Vino pues como reina á tomar posesión de estos sitios y aun más de los corazones. Como reina ostentaba corona de rayos luminosos, y como reina vino á sentar entre nosotros el trono de sus larguezas. Y por eso dice que "marchó á prepararnos lugar en el reino de Dios," lo que es propio de la reina.

Segunda parte. A estos tres caracteres de la visita de María de Guadalupe á nosotros, deben corresponder las visitas que hoy venimos á hacerle; á su visita de amor y fineza, visita de amor y agradecimiento. Amor solo se paga con amor; San Bernardo ha observado que si la Magestad de Dios nos anouada, su infinidad nos empequeñece, su justicia nos estremece, solo su amor no exita en nosotros sentimiento contrario, sino igual, su amor nos hace amarle. Lo mismo sucede con nuestra Madre celestial; su amor fino y benigno debe excitar el nuestro: debemos venir á amarla, á meditar sus favores,

á agradecerla ante esta imagen que los recuerda y aun los vincula. Si ella se ha mostrado madre en su visita, mostrémonos ahora hijos amantes y reconocidos, pasemos largas horas al pié de su trono derramando nuestro corazón en dulces afectos. Perfectamente explican esto las palabras de Isaías, que la Iglesia aplica á la visita de los magos á Cristo recién nacido. *Tus hijos vendrán de lejos.* Es, pues, visita de amor, pues es de los hijos á su Madre. ¿Por qué se dicen venir de lejos? No solo por la distancia material que han salvado para contemplarla, sino porque algunos han venido de aquella *región lejana* á donde se marchó el hijo pródigo, (*San Lucas, capítulo XV*) que es la región del vicio y del pecado; han purificado su conciencia, han salvado la inmensa distancia del mal al bien; y han venido en filas compactas á visitar á su Madre. . . . *Y tus hijas se levantarán del costado.* Las Hijas de María no tienen que venir de esa región remota: aman á su Madre, son de ella muy amadas: moran á su costado como su guardia de honor, ó más bien

como hijas mimadas que no se apartan nunca de su madre; están á su costado porque están próximas á su corazón maternal. Vedlas! levantadas . . . prontas para obedecer los mandatos de su Madre, prontas para marchar al combate en contra de los enemigos de su reina. Hanse levantado unánimes, entusiastas, numerosas para venir á visitarla: ellas la aman tiernamente, la honran con dulces prácticas: el sábado, que es el día de su Madre, en las enhiestas montañas, en las inmensas llanuras, y al borde de horrorosos precipicios, hacían oír la angélica salutación, y elevando sus cantos sagrados, repetían el *ora pro nobis*, ese grito de angustia y de fe, conque se responde á los gloriosos títulos de su Reina en las letanías . . . Visita de amor, como de hijos.

Visita de esperanza y petición. Oigamos á Isaías: *Todos vendrán de Sabá, oro é incienso portando*. Sabá es el país del oro y los perfumes, por eso los que de allá vienen portan oro é incienso. ¿Qué es el oro? El oro es el rey de los metales, y el amor es el rey de los

afectos; por eso los hijos y las hijas traen el oro del amor puro y ardiente. El incienso es la oración. La oración es la voz del enfermo que clama á su médico: el grito del pobre que invoca al poderoso.

Traigamos hoy al altar de nuestra mediadora, el incienso de nuestras peticiones. Y como el incienso en las brazas encendidas exhala su aroma, así de un corazón inflamado partiendo nuestras oraciones, serán más suaves y mejor aceptadas por María de Guadalupe. A eso hemos venido, peregrinos; no ya como los magos en *los dromedarios de Madián y de Efá*, ni cargando, *i inundación de camellos*, nuestros dones y ofrendas, sino en esos vehículos que el genio del hombre, (chispa brotada del foco de la Inteligencia divina,) ha inventado, y que cargando enormes pesos, devoran las distancias. Aquí hemos presentado como oro nuestras ofrendas, y exhalaremos durante el día el olor de nuestras oraciones . . .

Visita de veneración y alabanza. Nuestra Reina puede decir como el Rey Hijo suyo: *mi reino no es de este*

mundo; ya hemos oído á la Iglesia decir que *María con Cristo, reina eternamente*; (*Antif. de. seg. visp. de la Asunción.*) Es cierto que su corona luminosa ha desaparecido en su imagen: pero esto es, como cree la piedad de los fieles, para mostrar que aguarda ansiosa, la rica corona que sus hijos le preparan. . . . Entre tanto, como á Reina celestial debemos traerle tributos y rendirle homenaje. Además de las ofrendas materiales, el tributo que debemos prestarle es el que lo reasume todo: la oración, el amor, la gratitud, las peticiones. . . . todo lo contiene y encierra *la alabanza*. Debemos aquí en todo este día, alabarla por sus grandezas y por sus misericordias, alabarla por su amor y sus beneficios, alabarla por su exaltación y su soberanía. Y vueltos al mundo debemos ser los pregoneros de sus glorias. *Yo soy el heraldo del gran Rey*, decía el Patriarca de Asís en el éxtasis de su amor y de su agradecimiento; nosotros seamos los heraldos de la gran Reina de Guadalupe; seamos los mensajeros de su grandeza, y los *anunciadores de su alabanza*, "et laudem Do-

mino anunciantes;" *oro é incienso portando*, y la alabanza *del Señor anunciando*, dice el profeta. Tal es el oficio de los ángeles: estar á Dios alabando; "alábanle los ángeles," dice la Iglesia en el Prefacio. Así la habremos visitado como hijos á su madre; como enfermos á su médico; como vasallos á su Reina y soberana. Sí dulce Madre nuestra, remediad nuestros males, etc.

§ IX.

Epílogo. —*Las Hijas de Venus y las Hijas de María.*

Concluida la Misa solemne, recitóse á breves intervalos el santo rosario, al que asistieron devotamente los peregrinos, permaneciendo el templo lleno todo el día; por la tarde se cantó solemnemente la *Salve*, luego las *Letanias*, y se terminó con el *Te Deum* y las peticiones de acción de gracias. Los peregrinos fueron volviendo á su hogar diseminados y en diversos días, según la exigencia y duración de sus negocios.

Las Hijas de María formaron como el núcleo de la peregrinación, ya por su número, ya, sobre todo, por su importancia. Lo hemos dicho en el Catecismo de las Hijas de María, y no queremos desperdiciar la ocasión que ahora se nos presenta de repetirlo. La importancia social de esta Asociación es inmensa: la castidad en el claustro, es la flor en un jardín cerrado, que solo á su dueño le es dado contemplar; la castidad en medio del mundo, es la flor que le embalsama con sus perfumes, que sana por donde aparece, la atmósfera moral de sensualismo y corrupción que nos rodea. Las Hijas de María son los antípodas perfectos de las hijas de Venus que ensucian las ciudades: estas visiten con lujo é indecencia adoptando y exagerando las modas del siglo; aquellas tienen el deber de vestir siempre con sencillez y con modestia: las unas ayudan al hombre á corromperse y perderse, arruinando su salud y explotando su fortuna; las otras ayúdanle á salvarse con sus oraciones y sus virtudes, ya como hermanas, ya como esposas si adoptan ese estado: las hijas de Venus

son legalizadas por la masonería gobernante por medio de una *libreta*; las Hijas de María son amadas y privilegiadas por la Iglesia con gracias é indulgencia: las primeras llevan sobre sí las libreas del mundo y de Satanás; las segundas portan la librea virginal de María, la cinta azulada, y la medalla de la Inmaculada Concepción: las unas atraen víctimas con sus cantos y músicas sensuales; las otras hacen propicio al cielo con sus dulcísimos y sagrados cánticos; las unas sirven al amor profano y grosero; las otras al amor celestial y puro: las hijas de Venus recorren los caminos, marchando en pos de las ferias, fiestas civiles y diversiones, para extender á lo lejos su inmundo contagio; las Hijas de María recorren los caminos, recitando y meditando en los wagones, y dirigiéndose al través de grandes distancias para formar piadosas peregrinaciones y visitar á la devota guadalupana, y entonar en su templo sus más dulces cántigas y contarle su amor, é inflamarse más y más en el suyo.

Que los párrocos celosos, que los sa-

cerdotes que tengan el espíritu de su ministerio, que los católicos de acción y de fe, reflexionen en el asunto, para que se resuelvan á explotar, cada uno según sus circunstancias, y en pró de la causa católica, este fecundo elemento de pureza y de bien.

Irapuato, día Octava de la Asunción de Nuestra Señora y de la peregrinación guadalupana de la Diócesis de León.

G. Ch., Pbro.



OBRAS PUBLICADAS

POR LA CASA DE

Herrero Hermanos,

y que se venden en

LA LIBRERIA RELIGIOSA

Calle de San José el Real número 3.—México



Devocionario Guadalupano

en el que hallará el católico mexicano cuanto pueda desear para dar culto fervoroso á la Santísima Patrona de la Nación, compuesto por el Sr. Canónigo Fortino Hipólito Vera, con licencia eclesiástica. Un tomo en en 8.º de 632 páginas encuadrado en piel y cortes blancos, 50 centavos.

En piel y corte dorado, 60 centavos.

En chagrín fino, cortes dorados y estuche, 2 pesos.

Guirnalda de doce flores tejidas para las señoritas mexicanas, católicas á quienes dedica este modesto trabajo el Sr. Presbítero Crescencio Rivera Soría. Un tomo en 16.º de 170 páginas, encuadrado en rústica, 12 centavos.

Encuadrado en tela y planchas, 30 centavos.